

Manual de instrucciones para nuevos jubilados

ANTÓN COSTAS

En los últimos meses he tenido la oportunidad de pronunciar una serie de conferencias por toda España, invitado por la Fundación La Caixa, dirigidas a personas mayores; es decir, a personas en situación de jubiladas. La experiencia ha sido gratificadora, y el contacto con la gente mayor me ha hecho descubrir algo que no tenía claro cuando comencé ese ciclo: contra lo que es una percepción social muy generalizada sobre la vejez, me encontré con personas con una calidad de vida excelente, con un interés enorme por entender lo que está pasando en el mundo y con el deseo de sentirse útiles y ocupados. Todo lo contrario de la visión que con frecuencia tenemos de la vejez, como una situación de dependencia y estancamiento final.

Este cambio se va acentuar en los próximos años, cuando comience a llegar a la edad de jubilación la llamada generación del *baby boom*. Una generación numerosa, nacida entre finales de la década de 1940 y el año 1960. La jubilación de esa generación romperá los patrones hoy existentes sobre la vejez. Al contrario que las anteriores, es una generación con un elevado nivel cultural y profesional, y con una calidad de vida y unas pautas de salud muy diferentes de las que pudieron disfrutar sus padres y abuelos. Este hecho, unido a su elevado número, va a cambiar de forma radical el funcionamiento de la vida política, social y económica de nuestras sociedades. A partir de ahora vamos a ver sociedades en las que convivirán tres generaciones diferentes en situación de "activos", es decir, una sociedad sin edades.

Este cambio demográfico, movido por el aumento espectacular de la esperanza de vida y por la mejora de las condiciones de salud de las personas mayores, va a ser (junto con el cambio científico y tecnológico), un verdadero *tsunami* social, económico y político.

Las consecuencias sobre nuestras vidas cotidianas y sobre nuestras instituciones políticas y empresariales van a ser enormes. Sólo pensar que entre 2008 y 2015 la mayor parte de nuestras grandes empresas van a jubilar a la mitad de sus actuales plantillas nos debería hacer pensar cómo vamos a abordar esos efectos. Sin hablar de cuestiones relacionadas con pensiones, seguros médicos o alargamiento de la vida laboral.



SILVIA ALCOBA

Pero hoy sólo me interesa formular una pregunta que me surgió de ese contacto con los mayores: ¿qué hacen los jubilados con su tiempo?

Como el fenómeno de la jubilación es aún nuevo entre nosotros, no he podido encontrar respuesta autóctona. La imagen que hoy tenemos de nuestros jubilados es la de grupos de personas de la tercera edad yendo de un lado a otro, de excursión o de vacaciones colectivas con el *Imsero*.

Pero sería conveniente conocer algo más acerca de sus comportamientos económicos, porque van a ser determinantes en el futuro inmediato. A falta de información sobre los nuestros, podemos ver qué hacen los jubilados en otras sociedades donde el fenómeno lleva ya décadas. En un libro titulado *El complot de matusalén*, Frank Schirrmacher utiliza la investigación de una periodista inglesa, Victoria

Cohen, que se preguntó por el comportamiento de los actuales pensionistas ingleses: ¿Les motiva lo mismo que a las demás personas el puro consumismo? ¿Qué compran realmente la gente de 75 a 85 años? ¿Licuadoras y medallas, como suponemos, o, por el contrario, juegos de ordenador y los últimos modelos de reproductor de DVD?

Por lo que se ve, los jubilados anglosajones lo compran todo y se lo llevan a casa. Pero la cosa no acaba aquí. Dos días después de comprar van a la tienda y vuelven a empezar el juego con otro tipo de productos. Les gusta también comprar desde casa por catálogo. Hacen el pedido y el recibir la mercancía va seguido del acto de volver a reembalar el producto y proceder a su devolución. Eso parece explicar el hecho de que frente a los mostradores de devoluciones de los grandes almacenes británicos de

Marks&Spencer sólo se ven octogenarios. La explicación de la autora es porque les entretiene devolver lo que han comprado; porque lo que les interesa no es la compra, sino el simulacro de un tráfico de mercancías del que se sienten excluidos. El ciclo del reembolso dinero-producto-dinero no añade nada a los haberes de los ancianos, pero consume su tiempo. Y precisamente esta actividad les da la sensación de estar participando en la vida social.

Ése es el reto que tenemos delante: dejar de ser jubilados ociosos para convertirnos en jubilados ocupados. Lo que nos dicen esa y otras investigaciones en otros países es que los jubilados desean intervenir activamente de alguna manera en la vida económica, aunque sólo sea para disfrutar de experiencias sociales. Son laboriosos ancianos que se niegan a quedar excluidos y que no encuentran hasta el momento canales más productivos y satisfactorios.

Pero el problema es que no sabemos cómo. La actual generación de jubilados españoles (y las que les seguirán) es la primera que va a vivir colectivamente 20 o 30 años como jubilados. Nunca antes había ocurrido. Y no saben qué hacer con esa situación, con su tiempo y recursos. Son una generación que ha llegado a la jubilación sin manual de instrucciones para su uso. Ese manual habrá que ir escribiéndolo poco a poco entre todos. Creo que éste es el reto más importante al que nos enfrentamos individual y socialmente, porque significará organizar la vida social, económica, laboral y política de una forma que hoy no sabemos ni imaginar.

Pero mientras vamos elaborando ese manual de instrucciones para nuevos jubilados, lo primero que hay que cambiar es la imagen misma de la vejez. Hasta ahora nuestras percepciones, y el propio discurso oficial, vinculan la vejez con situación de dependencia. Sin que esto signifique dejar de atender las situaciones de dependencia, esas percepciones y ese discurso deben ir cambiando. Porque, como he dicho, vamos hacia una sociedad en la que los mayores serán mucho más independientes y capaces de valerse por sí mismos. Los nuevos viejos gozan de buena salud.

Antón Costas es catedrático de Política Económica de la UB.

Los gravísimos incidentes callejeros que se produjeron durante la noche del pasado día 18 de marzo en el barcelonés barrio del Raval y en buena parte del centro de la ciudad con motivo de la celebración del llamado *macrobotellón*, pusieron de manifiesto que, sin duda mucho más allá de la reivindicación de algunos sectores juveniles de unos espacios públicos donde puedan reunirse en sus tiempos de ocio, en el seno de nuestra sociedad hay unas pocas docenas de sujetos que son perfectamente capaces de incurrir en prácticas puras y simplemente delictivas, de vandalismo e incluso de auténtica guerrilla urbana. No se trata todavía de algo semejante a lo ocurrido meses atrás en muchos suburbios franceses, pero está claro que es un fenómeno que conviene tener muy en cuenta si no queremos despertarnos cualquier día con una extraordinaria explosión de violencia social.

Ante la aparición de un fenómeno como éste es necesario que todos, desde las administraciones públicas y los medios de comunicación hasta el conjunto de nuestra sociedad, sepamos deslindar con claridad el grano

de la paja, sin meter en el mismo saco a los jóvenes que simplemente defienden y practican el *botellón* y a quienes con esta excusa aprovechan el río revuelto para dar rienda suelta a sus pulsiones violentas y nihilistas, de puro afán de destrucción.

Aunque la práctica del *botellón* no esté permitida e implique la conculcación de una normativa legal, es evidente que no sería justo atribuir a todos sus defensores y practicantes los comportamientos vandálicos de una minoría —según las autoridades, cerca de 200 jóvenes de Barcelona y su área metropolitana— que aprovecha cualquier oportunidad que se le ofrece —no sólo el *botellón*, sino también cualquier celebración deportiva o fiesta popular, como por desgracia hemos podido comprobar— para des-

truir todo cuanto se le pone por delante.

Lo sucedido en Barcelona con motivo del frustrado *macrobotellón* va mucho más allá del

No es justo acusar de vandalismo a todos los practicantes del 'botellón'

incivismo e incluso del vandalismo. Unas pocas docenas de jóvenes, al parecer perfectamente organizados y coordinados, se dedicaron a la práctica de una extraña suerte de guerrilla urbana, con el lanzamiento de gran número de artefactos incendiarios y la destrucción, mediante el uso de utensilios especialmen-

te desplazados al efecto, de todo tipo de objetos, desde el mobiliario urbano hasta papeleras y contenedores de basura, pasando por el allanamiento y pillaje de establecimientos y locales públicos y privados. A pesar de la importante presencia de las fuerzas de seguridad, y probablemente porque los policías autonómicos y municipales recibieron órdenes de evitar al máximo el enfrentamiento directo con estas partidas de vándalos, lo cierto es que el barrio del Raval y buena parte del centro de la ciudad fueron escenario de una inusitada explosión de violencia.

Ante hechos como estos, tanto nuestras instituciones públicas como el conjunto de la sociedad debemos reaccionar con la energía necesaria. Es de todo punto inadmisibles que seamos

tolerantes con los violentos. Y quienes más y mejor deben denunciarlos son los que, como la inmensa mayoría de los jóvenes reunidos con el único afán de practicar el *botellón*, ahora se ven injustamente mezclados con unos sujetos despreciables, sobre quienes es preciso que caiga todo el peso de la ley si no estamos dispuestos a convertir Barcelona en una ciudad donde impera la ley de la selva.

Lo ocurrido con motivo de la frustrada celebración del *macrobotellón* en Barcelona también debe llevarnos a una reflexión colectiva sobre qué modelo de sociedad futura ofrecemos a muchos de nuestros jóvenes, que únicamente parecen hallar auténtica satisfacción en la ingesta alcohólica ilimitada y pública. Tal vez de ahí pudiera surgir también alguna explicación sobre las razones más profundas de la violencia nihilista de la minoría vandálica que tanta desazón provocó en esta ciudad. Más allá de la necesaria represión de todas las conductas violentas e incívicas, es preciso ir a las raíces de un fenómeno que puede ir a más.

Jordi García-Soler es periodista.

'Botellón': ¿vandalismo o guerrilla urbana?

JORDI GARCÍA-SOLER